

La Iglesia vivió el año 2004-2005 con su mirada vuelta al misterio de la santa Eucaristía. Era como una gran familia reunida en torno al altar, es decir, el lugar de la íntima comunión con Dios, donde, nutrida con el cuerpo y sangre de Cristo e imbuida de su Espíritu, crece siempre en el amor.

Durante la Cena, Jesús dijo: «Haced esto en memoria de mí». He aquí la palabra clave para entender la Eucaristía. La Eucaristía es una memoria. La Eucaristía le recuerda a Él, a todo su misterio. Lo mismo que en los orígenes, también ahora los cristianos son los *memores Domini*. El recuerdo del Señor es fuego inextinguible encendido en el corazón de quienes le aman.

La noción de memorial, recuperada en buena parte por la *Schola Lacensis* (Maria-Laach), pero utilizada ya profusamente por los Padres, ha hecho su entrada en el vocabulario litúrgico por la puerta grande del Concilio Vaticano II y encierra en su seno un reflejo adecuado de la riqueza del conjunto de la liturgia. En el cristianismo apenas puede hablarse de memoria, de recuerdo, en sentido débil; Jesús ha entregado a la Iglesia un recuerdo «fuerte»: su memorial. La Iglesia recibe agradecida ese memorial: un memorial vivo. Es una realidad viva y santa.

El Espíritu Santo no es objeto del memorial, como Jesucristo, pero sí potencia del memorial, capacidad para dar eficacia al memorial de la Iglesia. El Espíritu es quien asegura eficazmente la anámnesis de Cristo en su Iglesia. El hecho de que los sacramentos sean acciones de Cristo, memorial eficaz y real del misterio pascual de su Señor, la Iglesia se lo debe a la acción del Espíritu. Él mantiene la cohesión de manera que siempre que se celebra el *mysterium salutis*, se dispensa. El Espíritu, memoria viva de la Iglesia, tensiona infinitamente

el recuerdo hasta devenir presencia. La muerte y resurrección de Jesús, en la Eucaristía, no reviven sólo en nuestra memoria, sino en realidad. Es la presencia misma del Resucitado que dice con plenitud de sentido: «Tocadme, soy yo». Es lo que hacía exclamar a Ambrosio: «¡Oh Cristo, a quien encuentro vivo en tus sacramentos!».

La Iglesia, especialmente en este año, se ha dispuesto en torno al altar, como lo estaban María y Juan en torno a la cruz, en medio de una misteriosa contemporaneidad. Hay una misteriosa contemporaneidad entre la cruz, el sepulcro vacío y nosotros. Hay una mística simultaneidad entre los acontecimientos santos ocurridos durante el Tríduo pascual y el existencial histórico de la synaxis que celebra en el tiempo de la Iglesia. Ella es constituida en testigo co-presente del misterio que le salva. Es en la celebración litúrgica donde el Espíritu proyecta al creyente hacia el punto de encuentro del tiempo con la eternidad, haciéndole contemporáneo de los misterios de la salvación. La liturgia es, en este sentido, el lugar donde la santa Trinidad se posa sobre nuestra historia.

El Sínodo de los obispos centrado sobre el misterio divino de la generosidad sin límites, del amor llevado hasta el extremo, ha constituido el broche de oro del «Año de la Eucaristía». Para la Iglesia latina ha sido un año eucarístico dotado de una pluralidad de expresiones cada una en su rango y a su modo. *Sulla scia* de estos eventos, *Scripta Theologica* se suma a esta efemérides ofreciendo a los lectores un trabajo de Pablo Blanco sobre el pensamiento del entonces cardenal J. Ratzinger sobre liturgia y misterio eucarístico, un estudio de R. González Cougil sobre la Eucaristía en relación con el ministerio ordenado y un estudio de Félix María Arocena, en torno a una de las propuestas del Sínodo, acerca del *sacrum* de la Eucaristía.

Félix María AROCENA